

FRANCISCO ONIEVA

LA ERMITA DE LA VIRGEN DE GUÍA: FUSIÓN DE ESTILOS

Al norte de Villanueva del Duque, a unos 750 metros, se levanta una suave colina sobre la que se asienta uno de los pequeños secretos que encierra el mágico bosque de encinas, donde se confunden paisaje, tradiciones y arte: la ermita de la Virgen de Guía.

Con las primeras luces del día, desde la loma casi imperceptible se puede contemplar el pueblo despertarse sin prisas, algunas vaquerizas en pleno ordeño y el encinar, salpicado por grandes rocas de granito que surgen del centro de la tierra y por los misteriosos álamos del arroyo de Las Cruces. La luz transparente y el cielo azul, que parecen hechos a medida del hombre, son surcados por pájaros que trazan haikus en el horizonte.

La tranquilidad que reina en el telúrico enclave se rompe al recuperar, ocasionalmente, la ancestral condición de ámbito neutral y limítrofe entre jurisdicciones y términos, cuando los pueblos que comparten el culto de la Virgen de Guía -Villanueva del Duque, Hinojosa del Duque, Fuente la Lancha, Dos Torres y Alcaracejos- suben hasta el santuario a traerla o llevársela o bien se encuentran en torno a él en una jornada de convivencia.

Aunque no hay fuentes documentales que atestigüen el origen del templo, es admisible pensar que, al concebirse al margen de cualquier jurisdicción, sea anterior a las propias villas que comparten culto, como demuestran las tallas encontradas en 1955, de las que hablaremos después, pertenecientes al siglo XIII. No obstante, lo que el templo primitivo que las albergaba tuviera en común con lo que hoy se levanta ante nuestros ojos es un enigma.

Lo único que parece cierto es que en ningún momento fue una parroquia construida por los vecinos del antiguo Allozo, aldea distante apenas un kilómetro de la ermita, que, como se puede comprobar en nuestro Archivo Municipal, contaba con una parroquia propia, dedicada a San Blas.

Desechado tal origen, los eruditos, pese a que no hay ningún documento escrito que lo avale, han coincidido en señalar que podría tratarse de un convento-fortaleza de los Templarios, vistas algunas características arquitectónicas como la presencia en el

presbiterio de bancos corridos en distintos niveles y de unos pasillos de acceso al fondo del mismo.

El templo primitivo, transición del románico al gótico, tendría unas dimensiones notablemente inferiores a las actuales. De estructura cuadrada, es posible que se correspondiese más o menos con lo que es el actual presbiterio. En el siglo XV se ampliaría con la nave central y dos estructuras laterales con naves más bajas y varios soportales que podrían encontrarse en la fachada (remito al lector interesado al magnífico y necesario trabajo de Juan Andrés Molinero Merchán, *Villanueva del Duque. Patrimonio monumental y artístico*, editado por el Excmo. Ayuntamiento de Villanueva del Duque en 2008); pero no será hasta el siglo XVI cuando se produzcan las grandes transformaciones arquitectónicas.

Por tanto, lo que el caminante tiene hoy ante los ojos es una peculiar ermita serrana de planta cuadrada en la que se mezclan estilos y épocas. Dicha fusión le confiere un singular aspecto y la convierte en una de las joyas arquitectónicas de Los Pedroches, nacida en la transición del románico al gótico, sobre la que se han ido amalgamando, en una estampa armónica y de singular belleza, elementos propios del estilo Reyes Católicos o gótico isabelino, renacentistas e, incluso, barrocos.

Al acercarse y rebasar el perímetro acotado, se encuentra ante sí, orientada hacia el punto por el que se deja caer el sol, una bella fachada renacentista realizada en piedra de cantería, en la que destacan dos potentes contrafuertes, herencia medieval, que escoltan una delicada portada compuesta por un arco rebajado y carpanel enmarcado en alfil. Sobre ella, llama la atención un ojo de buey con rosetón, reconstrucción fiel del original, gracias a los fragmentos conservados y exhibidos en el Colegio Público Maestro Rogelio Fernández, destruido durante la Guerra Civil. Como remate, una espadaña con campana se alza y se hunde en el azul puro de Los Pedroches.

Tras haberse deleitado en la fachada y haber pisado el empedrado blanco y negro que las manos anónimas de los villaduqueños recogieron en Cantos Blancos y en Los Poles, respectivamente, en 1985, empieza a recorrer el santuario por fuera, dejando ir la mirada hacia las encinas, los bellos jardines y los gruesos muros del mismo. Se detiene unos minutos en el lateral sur-este, frente a otra puerta, conocida como la de Alcaracejos, sencilla y sobria, provista de dos gruesos contrafuertes, encalada, pero con algunas piedras de cantería que se resisten a perderse en la anonimidad de la cal y trazan un sencillo arco de medio punto.

Al entrar en la samaritana penumbra, encuentra la paz y el sosiego que dan los espacios en los que el tiempo parece detenerse y se dirige, de manera instintiva, hacia la cabecera tripartita del templo, concretamente, hacia la Capilla Mayor de planta cuadrada, recubierta por una bóveda de crucería, con una elegante nervadura de piedra y separada de la nave central por una reja de 1587, forjada por Miguel Blanco y donada por la villa de Torremilano, que sustituyó a la primitiva reja de madera cuando se amplió y reformó profundamente el presbiterio.

Aquí, protegidos por la sobria reja renacentista, se guardan dos tesoros singulares. El primero, las pinturas barrocas, uno de los conjuntos pictóricos más importante de Los Pedroches, que parecen pertenecer, aunque no se pueda demostrar documentalmente, a las primeras décadas del XVII, cuando sustituyeron a un retablo de madera, de apenas medio siglo de antigüedad, encargado a Gerardo Swell; el segundo, dos imágenes de la Virgen de Guía. La imagen compartida, de 24 centímetros, es una copia fiel de una original del siglo XIV, perdida durante la estancia en Hinojosa del Duque, en junio de 1936. La imagen más grande, de 73 centímetros, está inspirada en una de las tallas del siglo XIII encontradas en la ermita y nace de la necesidad de exponer a la Patrona de nuestro pueblo, cuando Dos Torres, al perder el derecho de trasladar la Virgen, se llevó la imagen perenne que ellos habían donado (tanto para estos aspectos, como para otros muchos, remito al lector al interesante y pionero trabajo del padre Juan de Jesús María *Nuestra Señora de Guía y su Ermita Santuario de Villanueva del Duque*, edición de autor del año 2000).

Tras contemplar ambas joyas, recorre las capillas laterales y, acto seguido, las tres naves. De ellas, la más ancha es la central, con ocho metros; cada una de las laterales mide cuatro. Éstas datan de 1660, como reza en sendas inscripciones, y fueron levantadas gracias a la colaboración de tres pueblos -Villanueva del Marqués, Alcaracejos y Torremilano-. Si nos situamos frente al Presbiterio, la nave de la izquierda está dedicada a San Jacinto, patrón de la villa, y la de la derecha al Santísimo Cristo.

En la de San Jacinto destaca una estela romana del siglo III d.C. dedicada a los dioses manes, hallada en las inmediaciones del recinto. Este hallazgo, junto a los restos romanos encontrados en la mina Terrera -especialmente significativa es una barra de plomo exhibida en el Museo Arqueológico de Córdoba-, en el cerro de San Gregorio o en el Sauzón, siendo el actual arroyo un desagüe de un acueducto subterráneo, demuestran que en nuestro municipio hubo asentamientos romanos, atraídos por la riqueza de los yacimientos de plomo, explotados entre los siglos II a.C y II d.C.

Cada una de las naves aparece separada por tres arcos apuntados que descansan sobre gruesas columnas de fuste cilíndrico, con capiteles ochavados y basas de sección octogonal y base cuadrada. Adosado a una de las columnas que separan la nave de San Jacinto de la central, se encuentra el púlpito barroco, que data de 1677. Están hechos en granito tanto la pequeña escalera de caracol que lo presenta como el capitel de caras esquinadas labradas con una singular ornamentación, entre la que destaca no sólo una cruz flordelisada sobre un tímulo triangular, sino también unos rostros que parecen ser de indios.

Durante la Guerra Civil, la ermita tuvo una funcionalidad bien diferente a la original y pasó a ser almacén de intendencia. Aunque el edificio no sufrió daños estructurales, el suelo, la techumbre en madera a dos aguas en la nave central y a una en las laterales –que databa de 1896, pues la originaria se derrumbó en 1882, fruto del abandono lamentable que sufrió el edificio en el siglo XIX-, el citado rosetón, las imágenes y el ajuar barroco de la Virgen que albergaba fueron destruidos. En 1940, y tras las tareas de reconstrucción necesarias, quedó de nuevo abierta al público.

En 1955, en la puerta lateral sureste, se encontraron diversas tallas de madera del siglo XIII que, actualmente, pueden contemplarse en el Museo Diocesano de Córdoba y representan a la Virgen de Guía, Santa Lucía, San Blas, San Juan Bautista y San Mateo. Se piensa que fueron traídas por colonos castellano-leoneses una vez finalizada la conquista por Fernando III de Pedroche, Santa Eufemia y otros lugares de la comarca. Aparecieron mutiladas y con signos de haber querido ser quemadas, lo que se ha achacado siempre a los desmanes que el ejército francés provocó en los templos de la zona.

Llegados a este punto, podemos afirmar con rotundidad que estamos ante uno de los monumentos más destacados del patrimonio de Los Pedroches, con unas características que lo individualizan entre las demás ermitas serranas; un monumento que se ha convertido en una de las señas de identidad de cualquier villaduqueño y que, al mismo tiempo, ha contribuido, desde la Baja Edad Media, como pocos elementos, a crear una conciencia colectiva entre algunos pueblos vecinos a partir de una devoción compartida.